

Los Giménólogos *¡A ZARAGOZA O AL CHARCO!* Barcelona, Aurora Fundación Intermitente-Sueños de Sabotaje (colaboración de Fundación Anselmo Lorenzo), 2023, 490 pp., 15 pp. De varias fotos e iconología.

Es indudable que la obra es importante porque presenta, sobre la España de 1936-1939, un estudio pormenorizado de parte del inmenso esfuerzo anarcosindicalista por reforzar la acción de cambio social anticapitalista (tanto el de Europa occidental y Estados Unidos como el de la URSS¹).

¿Anarquismo? ¿Otra vez? ¡No! porque el anarcosindicalismo no reúne a individuos que comparten el mismo ideal y lo quieren profundizar y propagar en muchos ámbitos. El sindicalismo agrupa a asalariados que desean trabajar y vivir en mejores condiciones y el anarcosindicalismo «dará garantías de moralidad y personalidad no dadas, hasta el presente, por ningún régimen burgués. El Sindicalismo, digámoslo ya, es la avanzada del Anarquismo.»²

Obviamente, el anarcosindicalismo tropezó con varios obstáculos, primero, internos entre sindicatos más combativos que otros, entre dirigentes a favor de ciertos políticos (regionales o no) y, por tanto, reducir la combatividad de varios sindicatos, otros por una unión con la UGT socialista (o solo en varios lugares). Los escollos más peligrosos vinieron de los empresarios catalanes entre 1920 y 1922 que pudieron explotar cómodamente con la dictadura militar del padre de José Antonio Primo de Rivera. Por fin, había los antisindicalista anarquistas (como Federica Montseny y Diego Abad de Santillán que, luego, se declararon cenetistas como el que más). Y también los marxistas del PC y del POUM, partidarios de la URSS (contra Stalin para los segundos, como si Lenin no fuera su padre espiritual) que, según las consecuencias de sus análisis fluctuantes, querían dirigir a combatir la CNT.

Los autores prescinden en general del marco social porque parten de otra lógica. Los giménólogos se formaron como historiadores, sobre todo, en torno a una obra de recuerdos (en francés) sobre el Aragón de 1936-1937 escrita por el anarquista italiano Bruno Salvadori, voluntario en una columna de la CNT. Firmó su escrito como Antoine Giménez.

Por consiguiente, el primer objetivo de los autores fue la búsqueda de la historia muy detallada de los anarquistas extranjeros en Aragón, sus relaciones con los aragoneses en los pueblos más o menos organizados por el comunismo libertario y con los anarcosindicalistas y las otras tendencias antifascistas en Aragón. De ahí varios libros y una erudición profunda centrada sobre individuos y las aldeas y pueblos donde vivían.

¹ Fue importante la toma de conciencia de gran parte de la dirección de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) por desenmascarar la falsedad de una revolución social (e incluso socialista) en Rusia. Lo hizo Salvador Seguí (líder muy influente) que nunca fue a Rusia pero entendía el marxismo. «No somos leninistas porque no creemos que el Estado sea, por más revolucionario y socialista que se titule, quien debe usufructuar los elementos de producción. Quien únicamente tiene solvencia para ello son los Sindicatos. En primer lugar porque son más morales. Después, porque son más competentes.» *Anarquismo y Sindicalismo*, 1920 [<http://www.fondation-besnard.org/spip.php?article1593>]. Y también de Ángel Pestaña, otro destacado dirigente cenetista, que fue a la URSS en 1921 y participó en el II congreso de la Internacional en 1920 oponiéndose a Lenin, Trotsky, etc. «La revolución, según mi criterio, camaradas delegados, no es, no puede ser, la obra de un partido. Un partido no hace una revolución; un partido no va más allá de organizar un golpe de Estado y un golpe de Estado no es una revolución.» *Memoria que al Comité de la C. N. del T. presenta de su gestión en el II Congreso de la Tercera Internacional el delegado Ángel Pestaña*, [<http://www.fondation-besnard.org/spip.php?article444>].

² Salvador Seguí *Anarquismo o. c.*

Dos testimonios directos sobre Letux (provincia de Zaragoza, cerca de Belchite) constituyen un punto de partida para cotejar testimonios con un historiador local. Y hasta llegar a hacer un recorrido en el terreno de una escaramuza de octubre de 1936 con un combatiente y habitantes que eran muchachos que recordaban acontecimientos.

Las continuas búsquedas, las publicaciones precedentes y el atractivo de apoyarse en detalles y testimonios de cualquier protagonista o de sus familiares suministran centenas de datos a los gimenólogos. Las notas ofrecen informaciones en castellano y en francés en internet. Coincido totalmente con los gimenólogos cuando escriben: «A veces, la labor de hormiga de los historiadores aficionados, que se toman el tiempo de hablar con los protagonistas o sus familias y de hurgar en los archivos, permite acabar con ciertos errores que se repiten de libro en libro.» (p. 59).

Es espectacular el acopio de documentos reproducidos en anexos que son artículos o datos sobre o de las personas evocadas o que ofrecen sus recuerdos y análisis, por ejemplo para Florentino Galván, Emilio Marco Pérez, Juan Peñalver.

Los gimenólogos aportan sus análisis de manera muy distinta para dos cuestiones fundamentales: «el proyecto comunista libertario en Aragón» y la «violencia revolucionaria».

Creo que antes habrían debido insistir en una afirmación de una cenetista que hubo en Zaragoza el 19 de julio de 1936 sobre una propuesta de un oficial «a los anarquistas que atacaran de inmediato, ya que el levantamiento era inminente y las promesas de las autoridades eran trampas.» (p. 23). Los anarcosindicalistas se negaron, porque una parte de los dirigentes cenetistas aragoneses apoyaron discusiones entre dos masones, uno, Miguel Abós de CNT, otro el general Cabanellas (jefe de la región militar).

Esta postura estaba en total contradicción con la declaración del Comité Nacional de la CNT el 14 de febrero de 1936 (con motivo de las elecciones) «O fascismo o revolución social». Dicho de otra manera, era imposible discutir, pactar con derechistas. Otra contradicción más, durante el congreso de la CNT en Zaragoza, se había planteado y zanjado el problema de la masonería en la CNT: «se recomendaba que los masones no tuvieran cargo de responsabilidad» según el masón Manuel Fabra (carta a Frank Mintz del 12 de agosto de 1983); para Ramón Álvarez (carta al mismo corresponsal) «los masones no podían tener cargos en la CNT». Las actas completas de dicho congreso desaparecieron, pero los participantes, como los miembros de la dirección cenetista aragonesa estaban forzosamente enterados del tema.

Esta paradojas explican las oposiciones cada vez más antagonistas entre el futuro secretario general de CNT Mariano Vázquez y Julián Floristán (responsable de colectividades en Aragón) en *Solidaridad Obrera* el 9 de septiembre de 1936, bien presentadas en la página 356. Era o cambiar en profundidad la sociedad o adaptarla a la guerra sosteniendo la burguesía republicana, y luego ver qué hacer.

El colmo fue la multiplicación de ministros de hecho (con o sin la palabra ministro), primero en Cataluña, luego en el Gobierno Nacional de Largo Caballero, en el Consejo de Aragón, en Asturias, y había alcaldes y ediles cenetistas en los municipios de casi todas las ciudades.

La CNT estaba separada entre dirigentes que eran minoritarios frente a los políticos burgueses apoyados por el partido comunista, excepto en Aragón, y la masa de los militantes en los frentes, el campo, las fábricas.

Si no se expone claramente esta ruptura, el anarcosindicalismo parece confuso.

Para Aragón, es significativo que «En enero de 1937 hubo elecciones municipales, con los siguientes resultados: la CNT, ostentaba un 51,5% de los ediles frente al 27,1 % de la UGT y el resto para los partidos políticos. Entre estos, Izquierda Republicana tenía el 9%, el Frente Popular -sin más especificación- un 6,5%, el PSOE 2,4%, Unión Republicana 2%, y el

partido comunista con el 0,75%. El PC se repartía así: 0,8% en Huesca, 0,4% en Teruel y 2% en Zaragoza, concretamente sólo en Caspe tenía un 5,55%.»³

La intervención de la División del comunista Enrique Lister, con el visto bueno del Gobierno de Madrid, demostraba la eficacia militar comunista para imponer la democracia (!) de su partido. La CNT defensora de la participación gubernamental inventó el bulo de las calumnias contra Ortiz y Ascaso⁴, en lugar de defender decididamente a los colectivistas y para conseguir luego un nuevo ministro en el Gobierno de Negrín (fue el caso hasta la derrota).

Los gimenólogos presentan las fechorías de algunos cenetistas, asesinos y el papel de historiadores burgueses actuales que denigran a los anarcosindicalistas atribuyéndoles crímenes de los partidos comunista y socialista. Habría sido muy necesario citar a Juan (Joan) Peiró (original catalán en nota) que escribía durante la violencia:

«Yo digo que sí [hubo morbosidades sociales], y no solo lo digo, sino que afirmo con plena responsabilidad que todos los sectores antifascistas, empezando por Estat Català y terminando por el POUM, pasando por Esquerra Republicana y por el PSUC, han dado un contingente de ladrones y asesinos igual, por lo menos, al que han dado la CNT y la FAI. [...] los hombres han estado asesinados, no por ser fascistas, ni enemigos del pueblo, ni enemigos de nuestra Revolución, ni nada similar. Lo fueron caprichosamente por la satisfacción de los que querían ver morir hombres, [...] el verdadero revolucionario no asesina; y si mata, lo hace de acuerdo a los principios de la justicia de la revolución, que reconoce a los inculpados el derecho de defensa.»⁵

Se debe añadir que el libro aporta igualmente una visión del exilio anarcosindicalista en Francia, de Helios Peñalver, antifranquista real, digno hijo de su padre voluntario en el frente y colectivista. «Los hombres de ayer querían cambiar su vida, los de hoy quieren la nevera, la lavadora y la televisión. Una minoría era antifranquista, el resto eran consumidores.» (p. 270)

Podemos tener todo eso y más, y yo igual, rechazando el consumismo, débil biombo que no oculta la miseria en nuestros países y sobre todo la que reina en África, América (Latina) y Asia.

El capitalismo está reluciendo en el mundo entero bajo las dictaduras (ateas y religiosas) y las dictablandas (con monarcas o no), nosotros luchamos para cambiar el mundo porque tenemos otro en nuestros corazones. Y este libro ayuda a comprender el pasado y por qué fastidia a los que lo calumnian.

Frank Mintz

³ Frank Mintz *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*, Madrid, Traficante de Sueños, 2006, pp. 92-93).

⁴ Ambos murieron en la miseria (pero no Lister y algunos ex ministros cenetistas) y Ortiz fue un antifascista reconocido durante la segunda guerra mundial e intentó, con otros, matar a Franco.

⁵ Juan Peiró *Perill a la reraguarda*, Mataró, 1936, pp. XVI, XX, XXII. Jo dic que sí, i no tan sols ho dic, sinó que afirmo amb plena responsabilitat que tots els sectors antifeixistes, començant per Estat Català i acabant pel POUM, passant per Esquerra Republicana i pel PSUC, han donat un contingent de lladres i assassins igual, almenys, al que han donat la CNT i la FAI. [...] els homes han estat assassinats, no pas per ésser feixistes, ni enemics del poble, ni enemics de la nostra Revolució, ni res que s'hi assembli. Ho han estat capriciosament per a satisfacció dels qui volien veure morir homes [...] el vertader revolucionari no assassina; i si mata, ho fa d'acord amb els principis de la justícia de la revolució, que reconeix als inculpats el dret de defensa.